

La tarea parece enorme, superior a nuestras fuerzas. Sin duda, lo es. Por eso, el papa Francisco nos alienta a poner la confianza en el Espíritu:

"Para mantener vivo el ardor misionero, hace falta una decidida confianza en el Espíritu Santo, porque él "viene en ayuda de nuestra debilidad" (Rom 8,26). Pero esa confianza generosa tiene que alimentarse y, para eso, necesitamos invocarlo constantemente. Él puede sanar todo lo que nos debilita en el empeño misionero; [...] no hay mayor libertad que la de dejarse llevar por el Espíritu, renunciar a calcularlo y controlarlo todo, y permitir que él nos ilumine, nos guíe, nos oriente, nos impulse hacia donde él quiera. Él sabe bien lo que hace falta en cada época y en cada momento. ¡Esto se llama ser misteriosamente fecundos!" (EG 280).

2

Una evangelización al servicio del Dios vivo

"Si Dios no hablase de sí, no habría en el mundo quien lo pudiera conocer. Uno de dos habéis de escoger: o que hable Dios, si queréis conocerlo, o si no queréis que os hable, que os quedéis sin conocerlo y sin Dios. Y va la vida en que Dios hable, y no puede hablar sin que diga bien de sí" (SAN JUAN DE ÁVILA, 2002, 181-182).

El presente capítulo parte de un presupuesto que la acción evangelizadora no siempre tiene en cuenta: el Dios al que sirve la Iglesia es un Dios vivo. El Dios cristiano es un Dios que se comunica, que se dice a sí mismo, que sale al paso de la vida de cada hombre y mujer que viene a este mundo para hacerse el encontrado y entablar una relación de amistad con él (cf. DV 2). En palabras del papa Francisco, "el Señor siempre nos "primerea". Nunca podemos dar por supuesta esta iniciativa salvadora de Dios, pues, como dice san Juan de Ávila, "si Dios no hablase de sí, no habría en el mundo quien lo pudiera conocer".

El hombre es "vocación divina" (cf. GS 19a) y "deseo de Dios" (cf. CCE 27). Él, que solo en Dios puede encontrar su felicidad y plenitud, no tiene por sí mismo capacidad para penetrar en el misterio divino. Si puede acceder a sus aledaños y confrontarse con él. Su actividad racional y su deseo de bondad, belleza y verdad pueden llevarlo a reconocer que su misterio contingente únicamente puede ser iluminado por un misterio mayor que lo precede, lo envuelve y lo atrae. Pero es un hecho que ese misterio le está vedado a sus capacidades naturales y, por sí mismo, le es imposible introducirse en él y poder participar de su intimidad divina. De este modo, junto con su vocación divina, todo ser humano porta el imperativo de acoger en la obediencia de la fe la comunicación que Dios hace de sí mismo en su Hijo Jesús (cf. CORDOVIDA, 2012a, 45-88). Aquí, nuevamente, las palabras del santo doctor son taxativas: "Uno de dos habéis de escoger: o que hable Dios, si queréis conocerlo, o si no queréis que os hable, que os quedéis sin conocerlo y sin Dios".

Revelar

El h. abierto al misterio

En esta perspectiva teológica, la Iglesia, en cuanto realidad humana, no tiene poder para actualizar ese misterio de gracia, que es la autocomunicación divina, tampoco puede otorgar esa necesaria respuesta de fe, la cual también tiene un carácter gratuito. A lo largo del tiempo, el Espíritu Santo es el que actualiza la comunicación que Dios ha hecho de sí de una vez por siempre en Cristo Jesús, y es él mismo el que potencia las capacidades humanas para hacer a los hombres receptores del don divino y puedan participar de su comunión trinitaria de amor. La Iglesia no es nada más, pero tampoco nada menos, que el instrumento que Dios se ha dado para obrar su gracia a lo largo del tiempo, es decir, actualizar su revelación y suscitar la respuesta de fe entre los pueblos.

La Iglesia es la comunidad de creyentes que el Espíritu, por la gracia de la fe, ha reunido en torno a Jesucristo; ella es pueblo de Dios, cuerpo de Cristo y templo del Espíritu (cf. CCE 781-798). Su misión evangelizadora es un servicio a la acción misteriosa, pero real, del Espíritu; esa acción por la que el Dios vivo actualiza su revelación y capacita a los seres humanos para acogerla en la fe (cf. DGC 45). Así, la catequesis, momento central del proceso evangelizador, "es siempre una iniciación ordenada y sistemática a la revelación que Dios mismo ha hecho al hombre en Jesucristo" (CT 22, DGC 66), y una introducción en la vida de fe de la Iglesia por la que el creyente se convierte a Jesucristo y, hecho semejante a él, participa de la vida divina (cf. DGC 53).

Dicho esto, el presupuesto de nuestra reflexión es el siguiente: la misión evangelizadora, en general, como la actividad catequética, en particular, solo son efectivas en la medida en que se entienden como un servicio al Espíritu Santo y tratan de secundar su acción misteriosa, por la que actualiza la revelación divina y mueve a la fe (cf. DGC 138). Sobre este presupuesto, el capítulo lo dividiremos en cuatro apartados:

- En el primero, nos limitamos a levantar acta de cómo la Iglesia concibe la iniciación cristiana como un don de Dios, en el que el Espíritu Santo tiene un protagonismo particular.
- Esta afirmación fundamental nos ofrece la base necesaria sobre la cual, en el segundo apartado, podemos poner en evidencia el carácter estructural que tiene el itinerario espiritual de los creyentes (fruto de la acción de la gracia y de su respuesta libre) en el proceso

global de la iniciación cristiana, y cómo es capital tenerlo en cuenta para poder discernir y servir la acción secreta del Espíritu Santo.

- A partir de aquí, en el tercer apartado, estudiamos cómo el proceso de iniciación cristiana es, justamente, el servicio que, bajo el poder del Espíritu, la Iglesia presta a esa acción del mismo Espíritu, para que los nuevos creyentes entren en comunión con el misterio de Dios revelado en Cristo.
- El capítulo termina con un apartado conclusivo en el que extraemos las consecuencias pastorales de nuestra exposición.

1 LA INICIACIÓN CRISTIANA: DON DE DIOS

La reflexión que desarrollamos en este capítulo es válida e ilumina la acción evangelizadora de la Iglesia en su conjunto; no obstante, nuestro estudio pone su foco de atención en un momento particular de la misma: la iniciación cristiana. Ella "representa el momento primario y básico como la Iglesia cumple y realiza su misión. Es por la iniciación cristiana como se constituye a un cristiano y se edifica la Iglesia" (CAMPO, 2006a, 8). Al observar cómo la gracia y la libertad se articulan en ese momento en el que la Iglesia ejerce su función maternal (cf. IC 13), comprenderemos el modo de actuar que la comunidad cristiana deberá seguir en otros momentos del proceso evangelizador. Ella, en todo momento, está llamada a discernir la acción del Espíritu para ponerse a su servicio.

"La iniciación cristiana es un don de Dios que recibe la persona humana por la mediación de la madre Iglesia. Solo Dios puede hacer que el hombre renazca en Cristo por el agua y el Espíritu; solo él puede comunicar la vida eterna e insertar al hombre, como sarmiento, a la vid verdadera, para que el hombre, unido a él, realice su vocación de hijo de Dios en el Hijo Jesucristo, en medio del mundo, como miembro vivo y activo de la Iglesia" (IC 9).

"La iniciación cristiana es un don de Dios". Sin embargo, en la praxis pastoral, todo discurre como si la iniciación cristiana fuera el fruto de la mera actividad eclesial (equiparable a cualquier proceso de socialización), o consecuencia de un acto de decisión y aprendizaje de los que se inician que recaería, básicamente, sobre sus disposiciones y capacidades.

La afirmación magisterial que subraya el carácter gratuito, por teologal, de la iniciación cristiana nunca puede ser tomada a modo de inventario. En realidad, los procesos iniciáticos son fructíferos en la medida en que ponen en el centro la acción divina y todos los demás agentes, incluida la Iglesia, se tienen por servidores de esa acción misteriosa siempre real y antecedente.

Quizá, esto explique el por qué de los escasos frutos que nuestras Iglesias están cosechando actualmente en su actividad evangelizadora. Una vez que la sociedad cristiana ha desaparecido y las plataformas tradicionales de transmisión de la fe (familia, parroquia, colegio) han entrado en crisis, nunca como hoy las comunidades cristianas han hecho tanto esfuerzo y han puesto tantos medios para iniciar en el misterio cristiano. Y, sin embargo, cuanto más voluntad y energías se ponen, más desalentadores parecen los resultados.

En efecto, en muchas comunidades cristianas, con sus pastores al frente, se tiene la sensación de que no hay relación entre los esfuerzos por iniciar en la vida cristiana y los frutos que se obtienen. Cunde la opinión de que el contexto cultural y religioso de la Europa occidental, marcado por un secularismo poscristiano, dificulta, cuando no imposibilita, la transmisión de la fe. Se considera que el trabajo por engendrar nuevos discípulos de Cristo está abocado al fracaso, como si hubiera una imposibilidad de raíz que escapara a las decisiones pastorales (edades, tiempos y lugares de iniciación, etc.), cualificación de los agentes, cambios de metodologías, programación de contenidos, etc. Existe un sentimiento generalizado de frustración que está llevando a la catequesis iniciática a un callejón sin salida: se multiplican las deserciones de responsables y catequistas, y sufre una verdadera marginación respecto a otras acciones pastorales de la comunidad cristiana.

Aquí, para no dar curso a la desesperanza, es preciso recordar aquellas palabras que Jesús dirigió a Pedro: **"Lo que es imposible para los hombres es posible para Dios"** (Lc 18,27). Aunque la misión evangelizadora reclama de nosotros una entrega generosa, los frutos nunca están a nuestro alcance; Dios es el que los hace posibles, incluso allí donde a nosotros nos parecen imposibles (cf. 1 Cor 3,7). A partir de esta convicción, el papa Francisco, citando a sus antecesores, formula una máxima que va a ser el faro que alumbre nuestro trabajo:

"Es importante saber que la primera palabra, la iniciativa verdadera, la actividad verdadera, viene de Dios, y solo si entramos en esta iniciativa divina solo si imploramos esta iniciativa divina, podremos también ser (con él y a él) evangelizadores. El principio de la **primacía de la gracia** debe ser un faro que alumbre permanentemente nuestras reflexiones sobre la evangelización (EG 112).

❶ La finalidad de la iniciación cristiana: la participación en el misterio de Cristo

El ser humano es una auténtica paradoja (cf. CARVAJAL, 2012, 12-21). Creado a imagen y semejanza de Dios (cf. Gn 1,26), todo individuo que viene al mundo está llamado a conocer y amar a su Creador (cf. GS 12) y de este modo, lograr su felicidad por la participación de la comunión trinitaria (cf. 2 Pe 1,4). Sin embargo, como pobre creatura que es (aquí está la paradoja), no está en sus manos alcanzar por sí mismo un fin que le es trascendente y lo supera infinitamente. Dios le ha dado como gracia la vida; como gracia ha puesto en su corazón la vocación divina; y como gracia también, Dios quiere consumir esa vocación. La aceptación de su dependencia creatural respecto a Dios es la condición por la que el individuo se abre a la acción divina y deja que su Creador consuma, en él, la obra que lo lleva a gozarse de la plena felicidad.

No obstante, el ser humano, que siente dentro de sí una vocación tan grande, no se resigna a su ser creatural, quiere alcanzar, por sí mismo, a margen de Dios y frente a él, el cumplimiento de su vocación (cf. GS 13). Este es **el pecado fundamental** que está en la raíz de todos los pecados particulares: **querer ser Dios sin Dios** (cf. Gn 3,4). Toda acción que emprende el hombre está atravesada (la mayoría de las veces de un modo tácito), por la búsqueda de la plena felicidad, la cual más se le escapa cuanto más la desea, y más trata de conquistarla al margen de Dios.

Entendámoslo bien. Su deseo no es pecado; lo que es pecado y lo conduce al fracaso es la pretensión de ser feliz por sí mismo, de alcanzar su plenitud por su propio esfuerzo. Su pecado radica en rehuir la gracia que Dios está dispuesto a otorgarle desde el primer instante en que le dio a ser y que, por todos los medios y de un modo misterioso, le hace llegar.

En efecto, Dios creó al hombre y lo llamó a participar de su amor en atención al cumplimiento que, por la encarnación de su Hijo Jesús,

daría a esa vocación. Solo en Jesucristo se desvela el misterio de la vocación divina del ser humano, y solo en él alcanza cumplimiento dicha vocación (cf. GS 22a). Jesucristo es el Hijo de Dios encarnado. Él ha manifestado humanamente lo que el ser humano está llamado a ser en Dios; él, con su entrega pascual, ha rescatado a los hombres del poder del pecado y de la muerte; él les ha dado la gracia del Espíritu para que, unidos a él, alcancen su felicidad en Dios.

Primero, en la cruz, para toda la creación, y, después, en Pentecostés, para la Iglesia: Jesús ha entregado su Espíritu. Desde ese momento, la acción graciosa del Espíritu Santo actúa por todas partes. No obstante, esa acción misteriosa únicamente puede ser conocida y acogida plenamente por el anuncio del Evangelio, el cual la activa y la explicita. Los seres humanos están llamados a acoger la gracia del Espíritu que el Evangelio declara, esa gracia divina es la que les permite injertarse y configurarse con Cristo y poder llegar a ser hijos en el Hijo de Dios.

La comunión con Jesucristo es la condición para participar de la relación filial que solo él tiene con el Padre. Él es el único mediador para poder gozar de la vida trinitaria y alcanzar, de este modo, la plena felicidad. Y, justamente, para que la obra salvadora realizada en y por Cristo alcance a todos los hombres, la Iglesia ha recibido la encomienda de la evangelización: la de predicar el Evangelio a todos los pueblos y realizar, mediante los sacramentos, la salvación que anuncia (cf. Mt 28,18-20). Este mandato evangelizador de Cristo a sus apóstoles nos permite comprender el papel fundamental que la catequesis iniciática tiene en el conjunto de la acción evangelizadora de la Iglesia:

"La iniciación cristiana (como dicen los obispos españoles) es la expresión más significativa de la misión de la Iglesia, pues coincide plenamente el objeto de la iniciación cristiana, que es la inserción en Cristo por la fe y los sacramentos, con el objeto de la misión de la Iglesia" (CAMPO, 2006a, 8; cita de IC 13).

➔ A través del proceso de iniciación cristiana, al creyente le sobreviene algo nuevo, una realidad que lo transforma y le otorga una nueva identidad; algo que "ni el ojo vio ni el oído oyó, ni al hombre se le ocurrió pensar que Dios podía tenerlo preparado para los que lo aman" (I Cor 2,9). Él sigue siendo una criatura, pero, ahora, por la fe y los sacramentos, recibe de Dios mismo, de un modo anticipado, el don divino

para el cual ha sido destinado desde su misma creación. El cristiano es ya una criatura liberada del pecado; ha nacido de nuevo en Cristo, ha sido regenerado como hijo adoptivo de Dios y hecho heredero suyo; por el don del Espíritu, participa de la naturaleza divina y ha sido incorporado a la Iglesia, familia de Dios (cf. CCE 1213, 1256).

Esta "nueva creación" (2 Cor 5,17) o "nuevo nacimiento en el Espíritu" (Hch 2,38; Jn 3,5), que opera el sacramento del bautismo, "sacramento de la fe" (CCE 1253), es una realidad trascendente que la Iglesia sirve, pero de la que no es dueña; que administra, pero que ella no hace eficaz. En último extremo, la obra es completamente del Espíritu Santo.

② El Espíritu actualiza el misterio de Cristo a lo largo del tiempo.

Como decimos, el misterio del hombre ha sido desvelado en Cristo y, en él, se ha cumplido de una vez para siempre la salvación, por la cual todo ser humano puede cumplir su vocación. A lo largo del tiempo, es el Espíritu Santo, que el Hijo glorificado en la carne envía desde el Padre, el que da testimonio de ese acontecimiento salvador (cf. Jn 15,26), es él el que lo actualiza (cf. Jn 14,26), y es él el que lo lleva a su consumación glorificando a Cristo Jesús (cf. Jn 16,14), es decir, comunicando a los hombres lo que es propio de Jesús, como Hijo de Dios (cf. LADARIA, 2013, 13-99; URIBARRI, 2016, 91-122).

La salvación ha sido otorgada y ya es operativa en el transcurso de la historia. El Espíritu Santo va realizando esta obra más allá de los límites históricos de la Iglesia. Como dice el Concilio, "de un modo conocido solo por Dios", su acción graciosa va asociando a todos los hombres y mujeres de buena voluntad al misterio salvífico realizado en la pascua de Cristo (cf. GS 22e). Todo hombre está bajo el influjo de la gracia, su búsqueda de la felicidad está ya alentada por la acción del Espíritu. El Espíritu de Cristo realiza en cada hombre que se abre a su acción misteriosa la misma obra que Dios realizó en su Hijo Jesús. Pero, para que no se pierda el don de la salvación, Dios ha querido que la acción misteriosa de la gracia se haga expresa y eficaz por el servicio evangelizador de la Iglesia. La Iglesia no es nada más, pero tampoco nada menos, que la servidora de la acción del Espíritu. Ella es la mediación

que Dios se ha dado para visibilizar y activar por el anuncio de la palabra y la celebración de los sacramentos la acción secreta que su Espíritu lleva adelante.

Llegados a este punto, y a la espera de posteriores desarrollos, para evitar cualquier equívoco, conviene hacer varios subrayados:

- En primer lugar, es necesario considerar que, de algún modo, **la acción del Espíritu siempre es antecedente**. Si el Espíritu Santo no sembrara "las semillas de la palabra" y no fuera moviendo los corazones, la acción evangelizadora de la Iglesia no encontraría en sus interlocutores la disposición necesaria para acoger el anuncio del Evangelio. Según esto, la actividad evangelizadora de la Iglesia tiene una parte de "manifestación", es decir, de sacar a la luz la acción secreta del Espíritu y de declarar a cualquier hombre de buena voluntad la respuesta que, a oscuras, él mismo está tratando de dar a esa acción divina.
- Pero, y este es el segundo subrayado, la acción evangelizadora no se limita a ser expresión de lo que está dado. La Iglesia, instrumento del Espíritu, ha sido por él mismo enriquecida con unos medios que hacen eficaz su intervención. La palabra de Dios, los sacramentos, el servicio apostólico, el testimonio de los santos, la vida fraterna, etc.: cada uno, en su justa medida, son medios que la Iglesia pone a disposición de la acción del Espíritu para que sea él mismo el que, a través de ella, haga fructificar su acción secreta. **La intervención de la Iglesia siempre aporta novedad**, que supone la actualización del misterio de Jesucristo que el Espíritu procura por su medio.
- Por último, **estos dos momentos son dialécticos**, es decir, se reclaman mutuamente. Si bien la Iglesia no puede anunciar lo que no está presente y activo por la acción secreta del Espíritu, tampoco está acción oculta del Espíritu puede fácilmente madurar y llegar a plenitud si no recibe los efectos de la gracia que proporciona el servicio evangelizador de la Iglesia. Quedarse en cualquiera de los extremos y no ponerlos en relación es dificultar el proyecto salvador de Dios, que, si bien quiere que todos los hombres se salven, también quiere que lleguen al conocimiento de la verdad (cf. 1 Tim 2,4).

2. LA ACCIÓN DEL ESPÍRITU DISCERNIDA Y SERVIDA EN EL ITINERARIO ESPIRITUAL DEL CREYENTE

El Espíritu Santo tiene un protagonismo esencial en el proceso que sigue cualquier hombre en el cumplimiento de su vocación. Él es el que, misteriosamente, activa en cada ser humano su vocación y lo mueve a su logro. Ahora, se nos plantean varias cuestiones: ¿cómo la Iglesia puede conocer esas mociones secretas? Siendo diversas según las circunstancias y caracteres de cada sujeto, ¿dibujan un mismo camino? ¿De qué modo la Iglesia puede acompañarlo? Las respuestas a estas cuestiones nos permitirán comprender lo que es el itinerario espiritual y poner de relieve la importancia que tiene en la vida de un creyente; especialmente, en aquellos que siguen un proceso iniciático.

1 La acción del Espíritu se manifiesta en la repuesta libre del creyente

Muchas veces, en el imaginario de los que se dedican a la transmisión de la fe, existe la idea de que el camino de encuentro entre Dios y el hombre se parte por medio. Es decir, si bien Dios, con la encarnación y la pascua de su Hijo, ha hecho un camino hacia el ser humano, este solo llega al punto medio, y el hombre debe hacer, autónomamente, su propio camino, acudiendo a ese punto en el que Dios lo cita. Nada más lejos de la realidad: Dios busca a los individuos allí donde se encuentran y él, con su gracia redentora (no únicamente por el acto creador), está al origen del primer paso que estos dan en su dirección.

En la acción pastoral, en general, existe una cierta concepción pelagiana que no solo no hace justicia a la verdad, sino que, además, está bloqueando la acción evangelizadora por miedo al rechazo que nuestros contemporáneos puedan tener respecto al anuncio del Evangelio. No hay base sobre ello: Dios siempre nos antecede e, incluso, actúa en los hombres que, aparentemente, le son refractarios. Dios busca a los hombres y mujeres hasta en las más extremas "periferias existenciales", porque allí mismo es activa la fuerza de la resurrección y, por tanto, la Iglesia puede acudir para anunciar la buena nueva de Jesucristo. Unas palabras del papa Francisco ponen en evidencia esta convicción:

"Su resurrección [la de Cristo] no es algo del pasado; entraña una fuerza de vida que ha penetrado el mundo. Donde parece que todo ha muerto, por todas partes vuelven a aparecer los brotes de la resurrección. Es una fuerza imparabla" (EG 276).

"La comunidad evangelizadora experimenta que el Señor tomó la iniciativa, **la ha primereado** en el amor (cf. 1 Jn 4,10); y, por eso, ella sabe adelantarse, tomar la iniciativa sin miedo, salir al encuentro, buscar a los lejanos y llegar a los cruces de los caminos para invitar a los excluidos" (EG 24).

"Es el Espíritu Paráclito, el "Consolador", que da el valor para recorrer los caminos del mundo llevando el Evangelio. El Espíritu Santo nos muestra el horizonte y nos impulsa a las periferias existenciales para anunciar la vida de Jesucristo" (FRANCISCO, 2013a).

Ahora, podemos responder a la pregunta que nos hacíamos más arriba: ¿cómo la Iglesia puede conocer las mociones secretas del Espíritu Santo?

Justamente, en la respuesta libre de sus interlocutores: porque la acción graciosa del Espíritu, misteriosa en sí misma, se manifiesta en la libre respuesta que produce en el ser humano. Así, aunque el camino que conduce a la respuesta de fe puede parecer que es un camino recorrido autónomamente por el hombre, en realidad, siempre es consecuencia de la acción gratuita del Espíritu. San Agustín es especialmente elocuente a este respecto:

"El hecho de creer y de obrar bien son nuestros como consecuencia de la libre elección de nuestra voluntad, y, sin embargo, uno y otro son un don que viene del Espíritu de fe y de caridad" (San Agustín, *Retractationum liber 1*, 23,2; citado en CI 72e).

"Comienza él [Dios] a obrar para que nosotros queramos y, cuando queremos, con nosotros coopera para perfeccionar la obra. [...] Por consiguiente, para que nosotros queramos, sin nosotros a obrar comienza y, cuando queremos y, de grado obramos, con nosotros coopera" (SAN AGUSTÍN, *Gracia y libre albedrío*, 17,33; citado en GROSSI y SESBOUÉ, 1996, 223).

El ser humano siempre está bajo la acción del Espíritu. Ya desde su primer impulso hacia Dios, es movido por la gracia divina y, cuando, de un modo decidido, dirige sus pasos hacia él, más es receptor de la misma. El santo obispo de Hipona ilumina este punto:

"El Espíritu Santo desde ahora instruye a los fieles según la capacidad espiritual de cada uno. Y él enciende en sus corazones un deseo más vivo en la

medida en la que cada uno progresa en esta caridad que le hace amar lo que ya conocía y desear lo que todavía no conocía" (SAN AGUSTÍN, *In Iohannis Evangelium Tractatus*, 57,1; citado en CI 72c).

En efecto, el Espíritu, como "maestro interior" (cf. LÓPEZ, 2017) en la intimidad de la conciencia y del corazón, es el que mueve e instruye a los fieles según la capacidad espiritual de cada uno:

- Al inicio, para que se abra al dinamismo de su vocación y se interrogue por el sentido y la verdad de su existencia.
- Más adelante, para que mire al Dios que se ha revelado en Jesucristo y busque, en él, la respuesta a los anhelos e interrogantes de su vida.
- Y, por último, para que se confíe al misterio trinitario, llegue al conocimiento del verdadero amor y se entregue al servicio del reino de Dios.

El Espíritu siempre deja sentir los efectos de su acción en la libertad del hombre. El ser humano se deja mover por él en la medida en que ama lo que conoce de su relación con Cristo, y más desea penetrar en el misterio divino que constituye su plenitud y felicidad. En todo este camino que el hombre hace hacia Dios, **gracia y libertad se combinan**. Y, si es verdad que el Espíritu es el que con su auxilio mueve el corazón del hombre, lo dirige a Dios, le abre los ojos de la fe y le concede el gusto en aceptar y creer la verdad que se ha revelado en Jesucristo (cf. DV 5); también es verdad que es el hombre el que, al acoger esta moción de la gracia, recorre libremente su camino a través del misterio de Cristo.

¿Cómo conocer que los movimientos espirituales que siguen los que se inician proceden del Espíritu Santo, y no de otras fuerzas que encuentran eco en su corazón: del mal espíritu, de la atracción del mundo o del propio sujeto?

Por encima de cualquier otra moción, la acción del Espíritu se hace comprensible porque, al ser el don que Jesucristo glorioso envía desde el Padre, toda su actividad está **medida por el patrón de Cristo**. El Espíritu Santo está empeñado en esculpir la imagen de Cristo en su discípulo. Nuevamente, san Agustín nos ilumina en este punto:

"Si el Señor, tu Dios, te hubiese dicho: «Yo soy la verdad y la vida», y tú desearas la verdad y anhelaras la vida, sin duda, que hubieras preguntado por el camino para alcanzarlas, y te estarías diciendo: «Gran cosa es la verdad,

gran cosa es la vida; ojalá mi alma tuviera la posibilidad de llegar a ellas». ¿Quieres saber por dónde has de ir? Oye que el Señor dice primero: «Yo soy el camino». Antes de decirte a dónde te dijo por dónde: «Yo soy el camino». ¿Y a dónde lleva el camino? A la verdad y a la vida. Primero, dijo por dónde tenías que ir, y luego a dónde. Yo soy el camino, y la verdad, y la vida. Permaneciendo junto al Padre, es la verdad y la vida; al vestirse de carne, se hace camino" (SAN AGUSTÍN, *In Ioannis Evangelium Tractatus*, 34,9; citado en *Oficio de Lecturas*, IV Domingo de Cuaresma).

Cristo dijo de sí mismo que era el camino, la verdad y la vida (cf. Jn 14,6). Cristo no solo se presenta como la vida, esto es, como la meta donde el hombre encuentra su felicidad; sino también como el camino. La acción misteriosa pero eficaz del Espíritu de Cristo se reconoce en la medida en que el creyente recorre en su condición humana e histórica el mismo camino de su Maestro y Señor. Los evangelizadores, en general, y los catequistas, en particular, tienen la tarea de ayudar a los que acompañan a reconocer las mociones que sienten dentro de su alma y discernirlas si proceden o no del Espíritu Santo. A la luz de la Escritura y de la experiencia de fe eclesial, de la que ellos participan, ayudan a discernir si esas mociones conducen a Cristo e identifican con él. El Espíritu de Cristo lleva a Cristo, este es el último criterio para reconocer la acción del Espíritu Santo. Una vez detectados sus impulsos, al creyente que desea avanzar en su configuración con su Maestro y Señor, únicamente le queda dejarse mover por ellos.

"El hombre que quiere comprenderse hasta el fondo a sí mismo (no solamente según criterios y medidas del propio ser inmediatos, parciales, a veces superficiales e incluso aparentes) debe, con su inquietud, incertidumbre e, incluso, con su debilidad y pecaminosidad, con su vida y con su muerte, acercarse a Cristo. Debe, por decirlo así, entrar en él con todo su ser, debe "apropiarse" y asimilar toda la realidad de la encarnación y de la redención para encontrarse a sí mismo" (CI 61e; que cita RH 10).

El creyente entra en comunión con Cristo en la medida en que se "apropia" y asimila su misterio salvífico, y se apropia y asimila ese misterio en la medida en que acoge libremente la acción del Espíritu. "El Espíritu Santo no es algo que se coloca entre Cristo y nosotros, sino la misma inmediatez de su presencia" (LADARIA, 2013, 43). "La comunicación de Cristo, esto es, el Espíritu Santo" (SAN IRENEO, *Adv. Haer.* III 24,1, citado en LADARIA, 2013, 43).

2 El proceso de fe y conversión como itinerario espiritual

a. La importancia de la conversión primera y de la fe inicial

La conjunción de la gracia del Espíritu y la libre respuesta del hombre genera un proceso de fe y de conversión por el que el cristiano, de un modo progresivo, cree y acepta el señorío de Jesús en su vida (cf. DGC 53-57). Por la conversión, el que se inicia sale de sí mismo y se vuelve hacia Dios; y, por la fe, recibe la luz necesaria para reconocer la acción misteriosa del Espíritu, que hace presente a Cristo en su vida. Esta es la razón por la que, en sentido estricto, no se puede iniciar un proceso catequético si, previamente, no se da una fe y conversión inicial. Este comienzo nunca puede darse por supuesto y las comunidades cristianas han de hacer todo lo posible para que los que empiezan el proceso iniciático partan de esta "opción fundamental sobre la que descansa toda la vida cristiana del discípulo del Señor" (DGC 56b, que hace referencia a AG 13; EN 10; RM 46; VS 66; RICA 10).

En efecto, todo se desencadena con el encuentro personal con Jesucristo. En ese instante, la persona se abre a un amor que, habiéndole precedido, de manera sorprendente y gratuita, ilumina toda su vida. No por repetidas han perdido vigor las siguientes palabras del papa emérito Benedicto XVI:

"Hemos creído en el amor de Dios: así, puede expresar el cristiano la opción fundamental de su vida. No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva" (DCe I; cf. EG 7-8).

En este encuentro fundante, el que comienza a creer recibe unos "ojos nuevos", los ojos de la fe. Ahora puede reconocer la presencia de Jesucristo en su vida, entiende de qué manera le ha atraído a su encuentro y cómo, a partir de ese momento, le da la posibilidad de caminar a su lado, avanzando hacia un futuro lleno de promesas, el de la plena felicidad que anhela su corazón. En este punto, son especialmente luminosas las siguientes palabras del papa Francisco:

"La fe nace del encuentro con el Dios vivo, que nos llama y nos revela su amor, un amor que nos precede y en el que nos podemos apoyar para estar

seguros y construir la vida. Transformados por este amor, recibimos ojos nuevos, experimentamos que, en él, hay una gran promesa de plenitud y se nos abre la mirada al futuro. La fe, que recibimos de Dios como don sobrenatural, se presenta como luz en el sendero, que orienta nuestro camino en el tiempo. Por una parte, procede del pasado; es la luz de una memoria fundante, la memoria de la vida de Jesús, donde su amor se ha manifestado totalmente fiable, capaz de vencer a la muerte. Pero, al mismo tiempo, como Jesús ha resucitado y nos atrae más allá de la muerte, la fe es luz que viene del futuro, que nos desvela vastos horizontes, y nos lleva más allá de nuestro «yo» aislado, hacia la más amplia comunión" (LF 4, cf. 8, 13, 34, 40, 51).

La conversión primera y la fe inicial son la condición *sine qua non* por la que el que busca ser discípulo de Cristo viva su iniciación como un verdadero itinerario espiritual. ¿Qué quiere decir esto?

Por la acción secreta del Espíritu, el misterio de Cristo late en la experiencia humana de todo hombre. No obstante, el que quiere hacerlo suyo es preciso que salga de la superficialidad y a la luz de la memoria eclesial de Jesucristo confrontar su experiencia con la de su Maestro y Señor. Esta confrontación solo puede acontecer en la fe. La fe otorga la luz sobrenatural necesaria que permite atravesar la superficie de la experiencia e identificar de qué modo la acción del Espíritu está obrando la "identidad de experiencia humana entre Jesús, Maestro y el discípulo" (DGC 116).

El don de la fe es el que hace posible que se espiritualice la experiencia de los que desean seguir a Cristo, pues crea, en ellos, las disposiciones necesarias que les permiten recorrer el proceso iniciático en docilidad al Espíritu:

- Permite al catecúmeno reconocer la acción misteriosa que con él ha venido trayendo la tercera persona de la Trinidad.
- Le dispone a recibir la palabra de la Iglesia como palabra de Dios, y sus acciones litúrgicas como signos salvíficos.
- A través de todo ello, lo introduce en un trato personal y configurador con Cristo, que le permitirá participar de la relación filial que tiene con el Padre.

El ritual de la iniciación cristiana de adultos otorga tal importancia a esta fe inicial que establece un rito para su discernimiento. En efecto, a través del rito de entrada en el catecumenado, se insta a las comunida-

des cristianas a que discernan las disposiciones espirituales de los candidatos, de modo que tengan las garantías de que podrán hacer un buen aprovechamiento del itinerario catequético (cf. RICA, "Observaciones previas", 15).

b. Itinerario creyente, itinerario espiritual

"El ritual de la iniciación cristiana, que se describe a continuación, se destina a los adultos, que, al oír el anuncio del misterio de Cristo, y bajo la acción del Espíritu Santo en sus corazones, consciente y libremente, buscan al Dios vivo y emprenden el camino de la fe y de la conversión" (RICA, "Observaciones previas", 1).

La fe y conversión inicial, "germen de fe sembrado por el Espíritu Santo con el primer anuncio" (CT 20a) (cf. CARVAJAL, 2013, 168-184), es el salvoconducto para entrar en el proceso de iniciación cristiana. Un proceso que tiene como objetivo hacer germinar esa semilla hasta hacerla madurar como una confesión de fe capaz de alentar la existencia del discípulo de Cristo: "La fe es un don destinado a crecer en el corazón de los creyentes. La adhesión a Jesucristo, en efecto, da origen a un proceso de conversión permanente que dura toda la vida" (DGC 56).

Quien se ha encontrado con Cristo y lo busca como su Salvador y Señor quiere unirse a él y participar de su amor. La fe primera exige un proceso de desarrollo hasta consumarse como intimidad con Jesucristo por la confesión de la fe y la recepción de los sacramentos (cf. AG 14; RICA 29-31; CT 8; DGC 80). En realidad, el camino iniciático es un proceso espiritual transformativo por el que el creyente va configurándose con Jesucristo, es decir, va pensando como él, juzgando como él y viviendo como él (cf. CT 20b; DGC 53). Es la totalidad de la persona la que queda implicada hasta el punto de llegar a vivir de modo existencial la filiación divina que Cristo, por medio del Espíritu, le otorga en el seno de la Iglesia. Precisemos esto que decimos.

- **El proceso de configuración con Cristo es real.** Con esto, queremos decir que la configuración con Cristo ha de afectar y articular todas las dimensiones de la vida de su discípulo. El grado de profundidad variará según el punto del itinerario de fe en el que se encuentre. Pero, en tanto acontecimiento de gracia, la fe cristiana tiene un poder transformador que ha de poder ser verificado en

cualquier estadio del itinerario creyente (cf. AG 13b; CT 72c; DGC 56a). La fe no es una ideología ni tampoco es reductible, a lo que el hombre puede vivir por sus propias fuerzas. La fe es una fuerza de vida que configura con aquel que es objeto de la misma. Su fuerza configuradora se deja sentir en el proceso catecumenal y este proceso avanza en la medida en que es discernida y acogida tanto por los acompañantes como por los que se inician (cf. AG 14a; DGC 67-68).

- Este proceso de configuración con Cristo se concibe como un **itinerario espiritual**, porque acontece por obra del Espíritu Santo (cf. CAMPO, 2009, 41-63; FIORES, 1983, 733-750; GAMARRA, 1994, 247-280; LAZARO, 1999, 475-489; RUIZ, 1991, 454-493). Así, si el proceso de alumbramiento y maduración en la fe es operado bajo la gracia del Espíritu, es determinante que, en todos sus estadios, tanto la Iglesia que acompaña y sirve ese proceso como el propio creyente se pongan en sintonía con esa acción del Espíritu. Es capital reconocer el protagonismo del Espíritu y, lejos de prefijar formalmente unos itinerarios y el uso de los medios, los esfuerzos se dirijan a reconocer, servir y acoger esa acción del Espíritu de Cristo, el único capaz de configurar al hombre según la imagen del Hijo de Dios.
- En el itinerario espiritual, **la respuesta libre del hombre se articula más desde la acogida que desde la conquista**. Así, la radical dependencia que el creyente tiene de la acción de la gracia exige de él una permanente disposición de acogida. Justamente aquí radica el verdadero combate de la fe y el núcleo esencial de la ascesis cristiana: el creyente ha de aceptar la obra que el Dios vivo quiere realizar en él y cómo lo quiere realizar. Aceptar que conmueva y organice sus áreas de experiencia según su voluntad. La iniciación cristiana ayuda a que el creyente sepa "padecer a Dios"; es decir, a mantener, ante él, una pasividad-activa que permita a Dios realizar su obra (cf. MARTIN VELASCO, 1998, 37-90).
- El itinerario espiritual adquiere configuración humana en el seno de la Iglesia. El creyente se configura con Cristo en la medida en que abandona su modo de vida anterior; lejos de Dios y entregado al pecado, y asume una nueva vida por la asunción y el aprendizaje de la vida cristiana. La comunidad eclesial es el ámbito donde flo-

rece esta nueva vida que identifica con Cristo. Para que el creyente pueda hacerse cargo humanamente de ella, es necesario que participe de la vida de la Iglesia. Las mediaciones eclesiales que hacen entrega de esa "vida crística" son eso, mediaciones, nunca pueden ser tomadas por metas. Cada una de ellas, a su modo, ofrece el cauce apropiado para participar en el misterio divino que nos ha alcanzado Cristo por el don de su Espíritu (cf. CT 72e). La progresiva inserción en la vida eclesial no solo ofrece un soporte objetivo al itinerario espiritual de los que se inician, también supone un criterio de discernimiento para determinar su grado de maduración.

- Una última precisión. Según el directorio, este proceso de conversión y fe, que dura toda la vida, está configurado por unos momentos bien definidos (cf. DGC 56): el interés por el Evangelio, la conversión inicial, la profesión de fe y el camino hacia la perfección. Debemos abstenernos de pensar que solo la última etapa, la que corresponde al camino de perfección, pueda ser considerada como la etapa espiritual propiamente dicha, propia de unos elegidos. No es así: **cada momento del itinerario creyente, a su modo y en su grado, está bajo la influencia del Espíritu**, y supone un acercamiento y participación del misterio de Cristo (cf. CASTELLANOS, 2002, 75-84; FIORES, 1983, 743). Cada etapa lleva consigo un combate en el que los que se inician deben aceptar, libremente, las mociones del Espíritu, lo cual supone, bajo el testimonio y acompañamiento eclesial, un discernimiento y una docilidad para poder configurarse con su Maestro y Señor. Desde esta perspectiva, cada momento del itinerario creyente, por muy en ciernes que esté, puede ser discernido, acompañado y servido eclesialmente.

LA INICIACIÓN CRISTIANA: INICIACIÓN EN EL MISTERIO DE DIOS REVELADO EN CRISTO

La Iglesia nace del mandato misionero de su Señor resucitado (cf. Mt 28,16-20; Lc 24, 46-49; Hch 1,6-8): ella recibe la misma encomienda que él había recibido del Padre (cf. Jn 20,21); tiene la misión de testimoniar el Evangelio de vida hasta los confines de la tierra (cf. Hch 1,8), de modo que los que

crean en él se salven (cf. Mc 16,15-18); ella es la encargada de hacer discípulos de su Señor por la instrucción y el bautismo (cf. Mt 28,18-20). La Iglesia no se ha dado a sí misma la misión de evangelizar, su Señor es quien se la ha confiado: "La Iglesia es la mediación querida por Dios para actuar en el tiempo esta obra de la redención humana y de la participación de los individuos en la naturaleza divina" (IC 11b).

No obstante, la Iglesia no lo realiza autónomamente y fiada en su propio poder. En el mismo momento en que el Resucitado le confirió la misión, la puso bajo la dependencia del Espíritu Santo (cf. Lc 24,48-49; Hch 1,8; Jn 15,26-27; 20,22). Solo por el don del Espíritu, la Iglesia tiene la capacidad para actualizar el misterio salvador de Cristo y hacerlo presente hasta el último rincón de la tierra.

"La misión de la Iglesia no se añade a la de Cristo y del Espíritu Santo, sino que es su sacramento: con todo su ser y en todos sus miembros ha sido enviada para anunciar y dar testimonio, para actualizar y extender el misterio de la comunión de la Santísima Trinidad" (CCE 738).

En realidad, la misión evangelizadora es del propio Espíritu; pues es el Espíritu, que procede del Padre y del Hijo, glorificado en su humanidad, el que tiene la misión de continuar a lo largo del tiempo la obra salvadora que Cristo realizó. Sin embargo, Dios ha querido unir la Iglesia a la acción de su Espíritu para que la haga visible y le preste su servicio. En palabras del Concilio, "la Iglesia es en Cristo como un sacramento o signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad del género humano" (LG 1). Bajo la acción del mismo Espíritu, la Iglesia posee una constitución sacramental a la vez que instrumental. Pasemos a decir una palabra sobre cada una de estas dimensiones.

❶ La Iglesia: sacramento de Cristo

A semejanza de la Virgen María, la Iglesia, por obra y gracia del Espíritu Santo, presta su humanidad para ser un testimonio vivo de Cristo allí donde se encuentre.

- Ella es el **pueblo de Dios** (cf. LG 9; CCE 781-786), ostenta entre los pueblos de la tierra una identidad propia: sus miembros poseen la dignidad y la libertad de los hijos de Dios, su ley es el mandamiento del amor y su destino es el reino de Dios.

- Ella es el **cuerpo de Cristo** (cf. LG 7; CCE 787-796), está dotada de la plenitud de los bienes y medios que, procedentes de su cabeza, son efectivos para la salvación de los hombres (palabra de Dios, sacramentos, caridad, etc.).
- Ella es el **templo del Espíritu** (cf. LG 4; CCE 797-798), iluminada por la luz de la fe y fortalecida por la fuerza de la gracia, peregrina a través de la verdad hasta alcanzar su destino en la comunión divina.

En definitiva, **la Iglesia posee una realidad teándrica**. Ella es una realidad humano-divina, en la que el elemento humano media el elemento divino (al que está íntimamente unido), para hacerle visible y facilitar su penetración en la historia y en las vidas de aquellos que entran en contacto con él. Unas palabras del Concilio vienen a iluminar este punto:

"Cristo, mediador único, estableció su Iglesia santa, comunidad de fe, de esperanza y de caridad en este mundo como un organismo visible. La mantiene así sin cesar para comunicar por medio de ella a todos la verdad y la gracia. Pero la sociedad dotada de órganos jerárquicos y el cuerpo místico de Cristo, reunión visible y comunidad espiritual, la Iglesia terrestre y la Iglesia dotada de bienes celestiales, no son dos realidades distintas. Forman, más bien, una realidad compleja, en la que están unidos el elemento humano y el divino. Por eso, a causa de esta profunda analogía, se asimila al misterio del verbo encarnado. Pues, como la naturaleza asumida sirve al verbo divino como órgano de salvación a él indisolublemente unido, de forma semejante a la **unión social de la Iglesia sirve al Espíritu de Cristo**, que la vivifica, para que el cuerpo crezca (cf. Ef 4,16)" (LG 8a) (cf. CARVAJAL, 2014, 29-34, 72-80).

La constitución LG habla de una profunda analogía entre el misterio del verbo encarnado y la relación que existe entre el Espíritu y la Iglesia: la unión social de la Iglesia sirve al Espíritu de Cristo como un órgano de salvación indisolublemente unido a él.

En efecto, la comunidad eclesial presta su propia humanidad para que la palabra, que tomó carne del seno de María, ahora se manifieste en la carne de su esposa. El Espíritu es el que fecunda esta humanidad eclesial, para que sea testimonio vivo de Cristo y su palabra humana sea portadora de la palabra divina (cf. LG 4). **La realidad sacramental de la Iglesia está al servicio de la contemporaneidad de Cristo**. Ella hace posible que todo hombre pueda encontrarse realmente con él y participar de su salvación por la comunión de vida que procura la acción del Espíritu.

En definitiva, la Iglesia es el espejo en donde todo hombre puede ver reflejado el misterio de Cristo que el Espíritu quiere actualizar en su vida. Pero también es el seno maternal en donde este mismo Espíritu, en virtud de la palabra, los sacramentos y la vida de caridad, lo introduce en la comunión con Cristo hasta ser generado como nuevo hijo de Dios (cf. DV 8a). La acción del Espíritu reclama, pues, la medicación eclesial: ella no es solo una instancia objetivadora donde se muestra lo que está realizando misteriosamente, sino que es el ámbito en donde su acción se hace sobreabundante y eficaz, hasta el punto de realizar la obra para la cual ha sido enviado desde la gloria divina.

2 La Iglesia: instrumento del Espíritu

Ya hemos dicho más arriba que la acción del Espíritu desborda la Iglesia: él sopla dónde y cómo quiere (cf. Jn 3,8), y, de un modo "solo conocido por Dios", va actualizando el acontecimiento de Cristo entre los individuos y los pueblos (cf. GS 22e). El Espíritu es el que esparce "las semillas de la palabra", tanto en los corazones de los hombres como en sus culturas y religiones (cf. AG 3, 11, 15; GS 10-11, 22, 26, 38, 41, 92-93; RM 28). También es él el que guía los acontecimientos para que, en cada tiempo, sean signos de la presencia de Dios (signos de los tiempos; cf. GS 4a.11a) y hagan avanzar su designio salvífico realizado en Jesucristo (cf. STECCANELLA, 2017). La Iglesia está puesta al servicio de esta acción universal y secreta del Espíritu.

Ella, y, en su seno, todo creyente, posee el sentido de la fe, que la hace capaz de discernir la acción misteriosa del Espíritu (cf. IG 12; EG 119). Si la Iglesia con la luz del Evangelio no lo escruta, quién podría hacerlo. Ella ha sido enriquecida por su Señor con la divina gracia para servir al Espíritu con el poder del propio Espíritu. Si la Iglesia con los dones recibidos no sirviera al Espíritu, quién podría servirlo. Existe, por tanto, una verdadera sinergia o actuación en común entre el Espíritu y la Iglesia (cf. IC 13a). No obstante, la precedencia siempre la tiene la acción misteriosa, pero cierta, del Espíritu, el cual ya actúa (en las personas y grupos humanos), aun antes de cualquier intervención eclesial.

De aquí se sigue una consecuencia capital para la acción evangelizadora, en general, y la iniciática, en particular: la acción eclesial solo halla su sentido y eficacia en la medida en que saca a la luz y secunda

la acción misteriosa que el Dios vivo realiza a través de su Espíritu. En cada ocasión, la acción del Espíritu que la antecede, y ella puede discernir, la orienta sobre cuáles de los medios salvíficos de los que está pertrechada es el momento de implementar. Sobre este punto, es especialmente clarificador el siguiente texto:

"La Iglesia, pues, aunque contenga la totalidad o la plenitud de los medios de salvación, no actúa ni puede actuar siempre e inmediatamente según todos los medios, sino que experimenta situaciones iniciales y grados en la acción con la que se esfuerza por llevar a cabo el plan de Dios. [...] En cuanto se refiere a los hombres, grupos y pueblos, solamente de forma gradual los toca y los penetra, y, de este modo, los incorpora a la plenitud católica. A cada circunstancia o estado deben corresponder actividades apropiadas o medios adecuados" (AG 6b).

En nuestra opinión, lo que aquí plantea el Concilio es mucho más que una estrategia. Al igual que existe una economía de la salvación, existe una economía evangelizadora que afecta a todos los ámbitos de la pastoral. No porque se utilicen a un tiempo todos los medios de salvación los hombres llegarán a participar del misterio de Cristo. El proceso revelador fue gradual, igual que la manifestación que Jesús hizo de sí a la fe de sus discípulos. La gradualidad en la disposición de los medios depende de la respuesta que los creyentes vayan dando, no a esos medios, sino a la acción del Espíritu que a través de ellos actúa. La Iglesia no puede formalizar un itinerario a seguir ni tampoco predeterminedar el uso de los medios con los que ha sido investida. Ella está en disposición de conocer cómo el Espíritu va actuando en los que está enviada y, tras hacer un esfuerzo de discernimiento, se pone al servicio de la fe, ofreciendo los medios oportunos para favorecer la conjunción necesaria entre la gracia divina y la libertad humana.

3 La Iglesia: al servicio del itinerario de la iniciación cristiana

"La iniciación cristiana es la expresión más significativa de la misión de la Iglesia y [...] constituye la realización de su función maternal al engendrar a la vida a los hijos de Dios" (IC 13b).

En el conjunto de la misión evangelizadora de la Iglesia, la iniciación cristiana tiene una importancia capital. En el proceso iniciático, la Iglesia se convierte en el seno materno en el que Dios engendra sus hijos, y, por esto mismo, instituye de un modo original (modélico) y originante

(promotor) los elementos estructurales que definen la vida de fe de un creyente y su participación en el misterio cristiano. Así, según cómo se articule el proceso iniciático, el creyente iniciado, y, con él, la comunidad de pertenencia, vivirá la fe, bien como una relación puramente formal, basada en la adquisición externa de "elementos cristianos" (verdades, mandamientos, ritos, etc.), bien como una relación vital en la que, bajo la mediación eclesial, el creyente vive en comunión con Cristo y en relación filial con el Padre, Dios.

a. La iniciación cristiana como proceso litúrgico-catequético-espiritual

La iniciación cristiana ha sido definida por los obispos españoles como un itinerario litúrgico-catequético-espiritual:

"Iniciación de los catecúmenos se hará gradualmente a través de un itinerario litúrgico-catequético y espiritual, como un camino de conversión y crecimiento en la fe que se desarrolla en el seno de la comunidad cristiana, estableciendo etapas a través de las cuales se va avanzando en la fe" (*OPC* 12; con referencias a *RICA* 4, 9-40; *IC* 24-31; *DGC* 88-89).

En efecto, la iniciación cristiana es un proceso articulado por tres dimensiones: la dimensión catequética, litúrgica y espiritual. Estas dimensiones, aunque poseen unos dinamismos propios, lejos de yuxtaponerse, concurren para hacer posible el proceso unitario de la iniciación cristiana. Ninguna puede faltar, y cada una de ellas se integra con las otras y hace su aportación particular para que los discípulos de Cristo se inicien en la fe y puedan participar de su relación filial con el Padre. No obstante, es un hecho que la praxis iniciática (incluso, la misma reflexión pastoral) no siempre ha prestado la suficiente consideración a esta triple dimensión. Según los tiempos y las circunstancias sociales, culturales y religiosas, se ha llegado incluso a confundir el proceso iniciático con un itinerario formal configurado en torno a una de ellas:

- En el tiempo de cristiandad, se acentuó hasta el extremo el **itinerario sacramental**. En aquel contexto sociorreligioso, el proceso de socialización y el proceso de cristianización se confundían. Los nuevos miembros de la Iglesia se hacían cristianos a través de un catecumenado social que los llevaba a adquirir, sin mayor grado de implicación personal, los modos de pensar y actuar cristianos propios

del ambiente. En este marco, la iniciación cristiana, propiamente dicha, se reducía a la mera recepción de los sacramentos, cuya celebración era precedida por una breve catequesis doctrinal.

- En el período posconciliar, se basculó hacia el **itinerario catequético**. En ese tiempo, la catequesis se convirtió en el eje de la iniciación cristiana: todo era catequesis y la recepción de los sacramentos un apéndice. Los sacramentos se tomaban como la celebración de lo que la habilidad pedagógica de la comunidad cristiana y el esfuerzo de los catequizadores habían logrado. Cuanto más avanzaba el proceso secularizador, más se profundizaba en los requisitos y exigencias. Cuanto más se acentuaba el itinerario catequético, más se asemejaba al itinerario escolar y menos se consideraba el aporte original de las celebraciones litúrgicas.
- En los últimos años, con la revalorización del catecumenado bautismal y el progresivo descubrimiento del *RICA*, se ha ido avanzando en la articulación de las dimensiones catequéticas y litúrgicas (cf. *IC* 39-59). La reflexión catequético-litúrgica (cf. CAMPO, 2006a; CAMPO Y GONZÁLEZ, 2007) ha dado pasos en común, y las comunidades cristianas han hecho un esfuerzo por articular unos procesos iniciáticos en los que se articulan ambas dimensiones. No obstante, en este tiempo en el que se ha ido recuperando el dinamismo iniciático, apenas se ha tenido en consideración la dimensión espiritual (parte esencial del mismo).

b. El itinerario espiritual: alma de la iniciación cristiana

Ha llegado el tiempo de poner en el centro la dimensión espiritual de la iniciación cristiana; lo cual no supone ignorar ni la dimensión catequética ni la litúrgica. Se trata de que la acción de la Iglesia se ponga al servicio de la acción salvífica que el Dios vivo realiza en los que llama a la fe. En concreto, que la catequesis y la liturgia, en cuanto acciones de la comunidad cristiana, secunden el proceso espiritual de fe (acción de la gracia y respuesta libre del hombre), por el que un creyente se va identificando con Cristo y avanza en su relación filial con Dios. Esta es, justamente, la intención del *RICA*:

"El ritual de la iniciación se acomoda al camino espiritual de los adultos, que es muy variado según la gracia multiforme de Dios, la libre cooperación de los catecúmenos, la acción de la Iglesia y las circunstancias" (*RICA* 5).

No cabe duda de que la iniciación cristiana supone un itinerario de fe que va de la fe inicial a la confesión de la fe en la noche bautismal, pero cada creyente recorre este itinerario de un modo diverso (cf. CAMPO, 2009, 48). En las "Observaciones previas", el *RICA* habla de que el proceso iniciático se ha de acomodar, justamente, a ese camino espiritual de cada adulto. Tiene en cuenta el carácter personal del itinerario de fe, el cual es la resultante de la conjunción de "la gracia multiforme de Dios, la libre cooperación de los catecúmenos", "las circunstancias" y, también, claro está, la intervención eclesial.

En uno de sus documentos, el episcopado español ha indicado la **precedencia de la dimensión espiritual** en el conjunto de la iniciación cristiana:

"Así pues, en la iniciación, catequesis, liturgia y experiencia cristiana caminan juntas hacia un mismo objetivo. Conviene cuidar las tres dimensiones correspondientes e íntimamente correlacionadas: dimensión catequética, dimensión sacramental y dimensión espiritual; más aún, y dadas las circunstancias actuales desde el punto de vista sociocultural y religioso, podemos decir que las dos primeras, más allá de todo automatismo, están al servicio de la dimensión espiritual, donde se fundamenta el proceso de conversión, el encuentro y la adhesión a Jesucristo" (CAP 8).

Las páginas precedentes ayudan a comprender que esta indicación del episcopado español no es una nota metodológica; como si ahora llegara el tiempo de subrayar la dimensión espiritual en detrimento de las otras dos. En realidad, tal como hemos expuesto anteriormente, la indicación tiene un fundamento teológico y eclesial. La Iglesia nunca va por delante de la acción misteriosa, pero real, del Espíritu. Ella discierne y se cunda la acción del Maestro interior, para ofrecer al discípulo de Jesús el anuncio de la palabra y los ritos litúrgicos que precisa. Así, da testimonio y entrega, de manera eficaz, lo que el creyente anhela y el propio Dios quiere darle: la salvación.

Es evidente que las comunidades cristianas no pueden ofrecer infinitos itinerarios iniciáticos. Los medios son limitados y la capacidad de diversificación también. Basta con que puedan ofrecer los que son básicos: la iniciación cristiana de adultos no bautizados (IC 112-123); iniciación de adultos ya bautizados (IC 124-133); iniciación continua de niños bautizados en la infancia; iniciación de niños de edad escolar no bauti-

zados; iniciación de adolescentes que interrumpieron el proceso después de la primera comunión (CAP 20, págs. 34-40). No obstante, aunque todo se articule en torno al grupo de catequesis, es un imperativo que no todo recaiga sobre la dinámica grupal. La interacción entre los miembros del grupo es, sin duda, necesaria; pero es preciso poner de relieve que el camino hacia la madurez cristiana es siempre un camino personal. Esto requiere un cambio de perspectiva y un modo nuevo de hacer las cosas (CAP 19, págs. 33-34).

LA NECESIDAD DE DAR UN GIRO COPERNICANO A NUESTROS PROCESOS DE INICIACIÓN

Poner en el centro del proceso de iniciación cristiana el itinerario espiritual no es una opción menor: reorienta la actividad iniciática de la Iglesia, en general, y las acciones catequética y litúrgica, en particular. Reconocido el protagonismo del Espíritu en el proceso iniciático (cf. CT 72f), es preciso situar a la Iglesia en el sitio que le corresponde: ser sacramento de Cristo e instrumento de su Espíritu. Esta perspectiva teológica tiene importantes consecuencias tanto en la reflexión como en la actividad iniciática. No es el momento de extendernos en ello, basta una simple enumeración para darnos cuenta de por dónde tendría que avanzar la reflexión teológica y el giro copernicano que sería preciso acometer en nuestros procesos de iniciación. Los pasajes que deberían darse son los siguientes:

- De una concepción donde prima la dimensión social de la comunidad cristiana a una concepción sacramental de la misma, en la que todo esté referido y puesto al servicio del misterio de comunión que en ella acontece y del que es sacramento.
- De una catequesis desarrollada al margen de la comunidad cristiana a un proceso iniciático en el que tenga su referente permanente una comunidad entendida toda ella como un espacio iniciático (cf. CARVAJAL, 2015a). La comunidad cristiana debe presentarse como el seno maternal en donde los que se inician aprenden la gramática básica de la fe y reciben la vida nueva que Cristo nos ha alcanzado.

- De una concepción voluntarista de la iniciación cristiana, en cuyo centro está la acción de la Iglesia (cuando no la misma actividad de los que se inician), a una concepción "graciosa" de la misma, donde el Espíritu, Maestro interior, sea reconocido como el agente principal. Desde esta perspectiva, la comunidad cristiana debería considerar como centro de su actividad pastoral el **discernimiento y servicio** a la acción del Espíritu (CT 72h). Y, para los que se inician, la disposición a **reconocer y acoger** libremente la gracia de Dios que les inerta e identifica con Cristo.
- De una acción iniciática centrada en el grupo catecumenal y en los procesos grupales a una acción **centrada en los que se inician** y en sus itinerarios personales. Así, para superar cualquier formalismo, se ha de primar más el itinerario personal que el grupal, lo cual supone crear espacios donde se pueda discernir de qué modo el misterio de Cristo va iluminando y transformando la vida de los que se inician.
- De unos itinerarios temáticos y rituales, prefijados previamente, a la articulación de unos dinamismos que hagan posibles el **seguimiento y acompañamiento** de los procesos espirituales de los que se inician (cf. EG 169-173). A las sesiones de catequesis se han de unir tiempos de diálogo personal, donde los que se inician se sientan interpelados e invitados a personalizar lo que se ha tratado en el grupo.
- De una catequesis entendida como educadora de una fe dada por supuesta a una catequesis precedida por un tiempo (precatequesis), en el que se ayude a suscitar la **fe**, en referencia a los interrogantes de la propia vida. La fe y la conversión inicial son el motor que permite recorrer todo el proceso iniciático y la semilla necesaria para germinar como vida cristiana.
- De una concepción depositaria de la revelación ofrecida de un modo cerrado a una **concepción histórica de la misma**, capaz de iluminar las experiencias vitales de los que se inician (cf. DGC 107-108). Para que su transmisión sea eficaz, es necesario que tanto la propuesta de la palabra como la celebración de los ritos litúrgicos se pongan en relación con los anhelos e interrogantes de los que se inician.

- De una catequesis descentrada, que se debate entre la escritura y el catecismo, a una catequesis articulada a partir del kerigma, clave de lectura e integración de ambos (cf. EG 164). Los creyentes han de tener plena conciencia de la contemporaneidad de Cristo, y verse movidos a dar su respuesta en la obediencia de la fe.
- De una pedagogía mimetizada con las ciencias humanas y dependiente de ellas a una **pedagogía ejercida en acto de fe** (*sensus fidei*) y al servicio de la fe (cf. EN 75e; CT 58; DGC 143-144). La pedagogía de la fe, aquella que tiene su fuente y sirve la pedagogía divina, ha de ser la base y el criterio de discernimiento de las actividades y didácticas que se emplean en la catequesis, ya que solo integradas en ella tienen su último grado de eficacia.
- De unos catequistas que, al modo de "profesionales de la enseñanza", transmiten contenidos y hacen actividades, a **unos catequistas puestos al servicio del Espíritu**, que, a partir de su propia experiencia cristiana, se presentan ante los que inician como testigos, acompañantes y mistagogos de la fe.
- De una formación de los catequistas centrada exclusivamente en la adquisición de unos conocimientos doctrinales y unas técnicas pedagógicas a una **formación que ponga en el centro la propia experiencia de fe** contrastada y configurada con la experiencia que la Iglesia hoy hace del Evangelio.

5 EVANGELIZADORES CON ESPÍRITU

Terminamos el capítulo trayendo a la memoria dos textos que vienen a incidir en alguno de los aspectos expuestos. El primero, del papa Francisco, apunta a la necesidad de que los evangelizadores de este tiempo lo sean con Espíritu; el segundo, del DGC, se refiere a la necesaria sinergia que se ha de dar entre la acción del Espíritu y la de los catequistas:

"Evangelizadores con Espíritu quiere decir evangelizadores que se abren sin temor a la acción del Espíritu Santo. [...] Una evangelización con espíritu es muy diferente de un conjunto de tareas vividas como una obligación pesada que, simplemente, se tolera o se sobrelleva como algo que contradice las propias inclinaciones o deseos. [...] En definitiva, una evangelización con Es-

piritu es una evangelización con Espíritu Santo, ya que él es el alma de la Iglesia evangelizadora" (EG 259, 261).

Dios no ha abandonado al ser humano, aún hoy sigue obrando la salvación que realizó en su Hijo Jesús. Su Espíritu es el que actualiza esa salvación, abriendo las puertas de la felicidad a aquellos que acogen su acción divina. Ser testigos y servidores del Evangelio, sin Espíritu, es imposible; toda tarea evangelizadora, incluida la catequesis iniciática, se convierte en una carga pesada y estéril. Serlo con Espíritu es tomar la dirección favorable del buen viento que sopla en la dirección del Evangelio y facilita que todo sea penetrado por la gracia. El Espíritu Santo es el alma de los catequistas testigos, acompañantes y mistagogos de la fe.

"En la escuela de Jesús Maestro, el catequista une estrechamente su acción de persona responsable con la acción misteriosa de la gracia de Dios. [...] El Espíritu se vale de personas que reciben la misión de anunciar el Evangelio y cuyas capacidades y experiencias humanas entran a formar parte de la pedagogía de la fe" (DGC 138).

Sin embargo, la Iglesia, y en su seno los catequistas, hace su propia contribución. El Espíritu ha querido asociarla a sí, ella es el pueblo de Dios, la esposa-cuerpo de Cristo, su propio templo. El Espíritu se vale de personas, que, dóciles a su inspiración y su gracia, se ponen a su servicio. Bajo su acción graciosa, las capacidades y experiencias humanas, las palabras y los signos que los catequistas realizan alcanzan el corazón de los que comparten la vida y acompañan y son mediación eficaz de la obra de Dios. La Iglesia no es nada más ni nada menos que la servidora del Dios vivo que aún hoy sale al encuentro de los hombres. Ella, con el poder del Espíritu, sirve al propio Espíritu.

El evangelizador, mistagogo de la fe

"Samuel no conocía aún al Señor, ni se le había manifestado todavía la palabra del Señor.

El Señor llamó a Samuel por tercera vez. Se levantó, fue donde estaba Eli y dijo: «Aquí estoy, porque me has llamado».

Comprendió entonces Eli que era el Señor el que llamaba al joven.

Y dijo a Samuel:

«Ve a acostarte. Y si te llama de nuevo, di: 'Habla, Señor, que tu siervo escucha'»" (1 Sam 3,7-9).

Este pasaje del primer libro de Samuel (1 Sam 3,1-10) expresa, como pocos, la situación de muchos de nuestros contemporáneos ante Dios y el oficio de "mistagogos" que los cristianos estamos llamados a tomar al respecto: "El joven Samuel servía al Señor al lado de Eli". Sus padres lo habían consagrado al Señor para que estuviera en el santuario de Siló de por vida (cf. 1 Sam 1,20-28). Sin embargo, aunque Samuel vivía en el templo y, quizá, tenía el encargo de cuidar de la lámpara que en él manifestaba la presencia divina, el texto nos dice que ni conocía al Señor ni se le había manifestado su palabra. No es extraño. El relato bíblico nos advierte de que, "en aquellos días, era rara la palabra del Señor y no eran frecuentes las visiones". Y, poco más adelante, observa que los propios ojos de Eli, sacerdote del Señor y responsable del templo, "habían comenzado a debilitarse y no podían ver".

En esta situación, el relato da un giro inesperado: primero, se nos indica que "la lámpara de Dios aún no se había apagado" y, poco después, se nos relata la insistente llamada que, entre sueños, Dios dirige al joven Samuel. Este está pronto a la respuesta; su inquieto corazón y el deseo de cumplir con su servicio lo llevan a estar disponible: "Aquí estoy". Pero el desconocimiento del Señor lo conduce a dirigirse a quien únicamente es su servidor. A Eli le cuesta advertir lo que sucede, no obstante, en la tercera ocasión, llega a comprenderlo, y da al joven las indicaciones oportunas para que se ponga delante de Dios y pueda escuchar su pala-